

La diversidad del amor

Camila González Giovinazzo

CAMILA GONZALEZ



LA DIVERSIDAD DEL AMOR

Relatos sobre sus infinitos formatos

Capítulo 1

"Sobre visiones."

Los días para mí han pasado de forma extraña, lenta, monótona. Casi como si el tiempo se estuviese detenido lentamente, en busca un descanso sin sentido. Y yo, me siento en el medio de aquella nebulosa, rodeada de momentos, sentimientos y sobretodo, preguntas. Flotando alrededor mío, inundandome.

El porqué de este pesar podría parecer simple de entender, pero no lo es para mí. Por ahora no tengo certezas pero en mi cabeza sigue estando "ese algo", que no para de dar vueltas.

Todo comenzó hace poco más de cuatro años. En esos tiempos Augusto y yo nos estábamos empezando a conocer, como por casualidad en algún remoto lugar del sur argentino.

Un día me invitó a dar una vuelta, a tomar unos mates. Y entre charla y charla, se podría decir que esa fue la primera vez que lo ví. No lo digo en sentido literal. Sino que aquel día en que lo conocí, fue en que realmente lo ví. Y no me refiero a ver como simplemente ver. Estoy hablando de ver como algo profundo. Un momento exacto de visión intensa, como un destello.

Aquel día en que lo ví, su pelo volaba al viento, su sonrisa me traspasaba, no tenía caretas, era simplemente él en todo su esplendor. Es inexplicable lo que era y lo que sentí. Pero cuando lo ví, no hubo vuelta atrás. Es decir, creo que nunca había visto de esa forma a nadie.

Después como en un cuento, todo nuestro amor fluyó libre y hasta me atrevería a decir mágicamente. Con sus idas y vueltas como toda relación, pero con sus propias tonalidades.

Me hubiese gustado pasar más tiempo con él, pero los dos vivíamos demasiado ocupados. Él estudiaba y trabajaba desarrollando aplicaciones. Yo, también estudiaba y trabajaba como editora. Dos años después nos mudamos juntos, con muchos sueños por delante, con nuestros sentimientos como primacía. Viviendo lo nuestro, a nuestra propia intensidad. Y todo parecía ir cada día mejor.

Hace unos cercanos ocho meses, a él se le presentó la oportunidad de trabajar en el exterior por algún tiempo. Lo consultó conmigo. A pesar de que sabíamos resultaría difícil para la relación, que yo no podría viajar a visitarlo (por la distancia y los costos) y que iba a ser la primera vez desde que nos conocimos en la que nos íbamos a separar tan drásticamente, pactamos que debía hacerlo. Por su futuro, por las

oportunidades, por lo que le brindaría, por la experiencia, por su crecimiento profesional, en fin.

Puedo afirmar que aunque la relación a distancia no fue perfecta, durante esos meses funcionó aún mejor de lo que hubiese podido imaginar. Hablábamos mucho, nos llamábamos, y lo veía (como podía) a través de la pantalla.

Él sumo muchas hermosas experiencias y yo disfruté el hecho de vivir sola por primera vez en mi vida. Obviamente no todo era completo, nos extrañábamos mucho, a veces llorábamos y con cada día anhelábamos más el contacto físico.

Creo que él sentía algo similar. Porque todos los días alguno de los dos decía frases simples como: te extraño, te deseo, me encantaría tenerte acá, tu presencia me haría muy feliz. Pero también, cuando a veces tratábamos de evitar el tema, se nos escapaban los anhelos del alma en busca del ser amado. Finalmente, redefinimos dos conceptos en nuestra pareja, el de extrañar y el del amor. Aprendimos a vivir con el primero y del segundo, nos dimos cuenta de la amplitud de significados que cabían en cuatro letras.

Por mi parte, todas las noches sentía su ausencia en lo profundo de mi espíritu y en mi cabeza no paraban de dar vueltas las palabras "desearía estar con vos". Sin embargo, como siempre, la vida siguió su curso. Y forzosamente me embarque en ella.

Pero también, el tiempo siguió. Y este tramo de extrañar cada vez se tornaba más ínfimo, se acercaba su regreso. Mi corazón comenzaba a dar saltos por todo mi cuerpo. Sobre todo por su anuncio de que volvería en estos días. Pero que deseaba fuese una sorpresa. La ansiedad me invadía. En las noches, como de costumbre, las palabras retumbantes seguían y aumentaban la velocidad con la que rondaban en mí.

Una de aquellas noches ocurrió lo inesperado y sonó estruendosamente el timbre de nuestro departamento. Extrañada pero esperanzada, atendí. Y... ¡escuché su voz! Efectivamente era él, era Augusto. Me invadió la alegría y baje casi corriendo a abrirle. Cuando lo tuve cerca después de tanto tiempo, sucedió.

Lo volví a ver, a verlo, como aquella vez. Era él, simple y enteramente él. En esa noche tan especial, nos abrazamos, nos fundimos en un beso y subimos charlando casi a gritos hasta nuestro hogar.

Allí ambos teníamos mucho que expresar y que sentir. Hablamos hasta tarde y logramos conectar nuestros cuerpos como nunca antes. Logré percibir la esencia de Augusto como en esa primera vez, lo volví a ver realmente, más allá de todo, me acosté en su pecho, sentí su tacto, invadí

mi olfato de su dulce perfume. Y sentí una mezcla de amor y felicidad nueva, pero inmensamente perfecta, casi mágica. La desnudez en cuerpo y alma, se combinaron en una nueva faceta y nunca había experimentado algo semejante. Logré volver a guardar y a añadir los nuevos detalles de su persona. Realmente el amor volvió infinitos sus significados en mi, y estos me rodearon...

No me dí cuenta pero en algún momento me dormí y en ese intervalo amaneció. Desperté con mi ser renovado, sintiendo con mi cuerpo desvestido el aire que me rodeaba y una paz inmensa. El aire olía a su perfume, su lado todavía estaba tibio, y la cama estaba más que desarmada.

Pero él no estaba a mi lado. Augusto no estaba.

Como desesperada, me levanté de la cama, sabiendo que algo no concordaba. Pero con la esperanza de encontrarlo en el baño o en la cocina. Dí vueltas por todo el departamento, pero no había rastros, parecía haberse esfumado. Incluso parecía que nunca había llegado.

Cuando volví a la habitación, solo quedaba su perfume y ningún signo más de aquella noche. Tampoco su presencia. Me repetí que él no estaba, Augusto no estaba. Pero no lograba convencerme.

A día de hoy nunca lo volví a ver. Ni literal, ni de esa forma especial, en ningún sentido. Aquella se fue, no solo de mí. Sino de este mundo.

Los informes y el acta, dicen que su vuelo (de aquella misma noche) y él, nunca llegó a la Argentina. Lo cual confío melancólicamente en que sucedió. Ya que al parecer, se extravió en algún lugar del Océano Atlántico.

Pero sin embargo, tengo pruebas y se que lo que relaté antes también sucedió. Hasta que lo escribí no alcancé a comprenderlo realmente. Y todavía no supero esta depresión. Podrán opinar que fue un sueño muy vivido, imposible en nuestro espacio tiempo. Pero para mí fue algo así...

Luego de esa noche en la que logré percibir sus matices, caí en la cuenta de que se había roto el hechizo. Es que simplemente nosotros éramos eso, algo mágico y efímero. Algo tan perfecto que no podía durar mucho. Simplemente no encajábamos en este mundo. A pesar de que hoy estoy hundida en una tristeza grave pero pasajera, no me arrepiento. No me importa, porque sé que esto fue nuestro, solo nuestro y de nadie más.